

GESTOS INUTILES

(Continúa)

II

Religión, Capital, Estado: son las principales fuentes de trabajos inútiles.

La bestia humana, que ni sabía explicarse los fenómenos ni sabía combatirlos, atribuía a todo lo que le rodeaba una *intención* benéfica o maléfica: todo lo que producía en el hombre primitivo una impresión grata era una potencia *bucna*, todo lo que le lastimaba era la potencia *mala*; este animismo grosero fué el principio de todas las religiones, de todos los cultos, porque la esencia de toda religión no es otra cosa que la adoración de una potencia imaginaria, buena (Dios), y el temor a una potencia mala (diablo).

Los sacrificios propiciatorios, las brujerías, las carnavalescas ceremonias religiosas, no tienen otro objeto, para el cerebro débil del creyente, que ganarse la buena voluntad de su dios y apartar la maléfica influencia del diablo.

Hoy que la ciencia ha derribado de su pedestal a los dioses y ha disipado los fantasmas del pasado, los cultos no son más que la explotación del temor que los fieles sienten hacia los poderes imaginarios, buenos o malos, de lo que se llama el sentimiento religioso.

Inútiles son, pues, de toda inutilidad, todos los trabajos que se efectúan para mantener vivos en el cerebro de los hombres, los errores y la ignorancia del pasado.

La construcción de iglesias y de monasterios emplea una enorme cantidad de materiales, que serían mejor empleados en la construcción de viviendas sanas e higiénicas, o en la de colegios y escuelas donde solamente se enseñasen las verdades demostradas y experimentadas, en vez de fábulas o de hipótesis no verificadas.

Se malgasta también enorme cantidad de materiales en la fabricación de los objetos del culto; vasos que se dicen ser sagrados, ídolos y fetiches a cual más ridículos, altares que parecen decoraciones de teatro —la religión católica es esencialmente teatral: las misas son sus tandas y las grandes funciones

sus óperas, para las que son contratados los mismos artistas de los teatros—; confesionarios en los cuales se revelan los secretos de los hogares y se fraguan los complots de la gente negra, sirviendo también de antecámara de las alcobas eclesiásticas.

Los muebles y los enseres de los conventos y monasterios representan el trabajo de millones de obreros de todos los gremios, cuyos esfuerzos quedan así perdidos para la comunidad, porque podrían emplearse en el cultivo de las tierras y en la construcción de máquinas perfeccionadas.

Empléanse millares de resmas de papel para impresión de misales, evangelios, imágenes, que no contienen ninguna de las afirmaciones de la ciencia, no instruyen a los que los leen sobre las causas y los efectos de los fenómenos naturales, no dan ninguna idea de lo que son ciencia y progreso: solamente tratan de fábulas y de milagros que no son otra cosa que la negación de las leyes naturales. Las imágenes representan alegorías necias o fetiches groseros; unas nos enseñan a un hombre con el pecho abierto, con un corazón rodeado de llamas y colocado en donde nadie jamás ha tenido el corazón; otras representan a una mujer, que dicen ser virgen, vestida con un manto carnavalesco que ninguna mujer se atrevería a ponerse para no caer en el más completo ridículo. ¿No sería mejor que todo el papel empleado en la confección de misales y evangelios lo fuera en la impresión de libros de aritmética, de ciencias exactas, de agricultura, mecánica, física, etc.? El cartón que se emplea en la impresión de las imágenes representando fetiches, esas imágenes que se encuentran en el libro de la beata o en el sombrero del soldado zapatista, ¿no tendría mejor empleo si en él se imprimieran grabados ilustrativos de dibujos de máquinas o planchas anatómicas, objetos de la vida real?

Las telas, los oros, las piedras preciosas con que se cubren los *modestos* representantes de Cristo, cuestan trabajo, representan el esfuerzo de varias generaciones y ten-

drían mejor empleo en la industria o en las artes.

Una infinidad de gentes viven de la explotación religiosa: sacerdotes de todos los cultos, monjes y monjas, sacristanes y fabricantes de objetos religiosos. No solamente sus ocupaciones eclesiásticas los alejan de un trabajo productivo y útil a la comunidad, sino que, además, un gran número, un inmenso número de trabajadores han de producir para alimentarlos, vestirlos, alojarlos y permitirles seguir su vida contemplativa.

Vengan a la producción todos los ministros de cultos, todos los prisioneros, voluntarios o no, de los conventos; dedíquese el esfuerzo de los que les alimentan, les visten y les alojan, a otra clase de trabajos, y la humanidad habrá ahorrado gestos inútiles y aumentado su bienestar.

SOUVARINE.

(Continuará).

LA GUERRA

He aquí algunas cifras altamente instructivas, suministradas por la Sociedad Americana para la paz:

Un sólo disparo de cañón de gran calibre cuesta ocho mil quinientos francos, comprendiendo el deterioro del arma. Esta suma equivale a tres años y ocho meses del salario de un buen obrero, o bien, cinco años y cuatro meses de sueldo de una institutriz, o el costo anual del mantenimiento de una familia obrera, o bien un curso completo de la educación superior en un colegio.

Un Dreadnought cuesta sesenta millones, el precio de seiscientas locomotoras a cien mil francos cada una. Al cabo de catorce años máximos va a parar al hierro viejo. En cuanto a vidas humanas, desde el principio de la guerra ha deteriorado quince mil millones de vidas humanas, o sea la población de la Tierra durante los seis mil años últimos. El número de hombres muertos en la guerra durante el siglo XIX pasa de catorce millones.

La paz armada, en el curso de los últimos veintisiete años, ha costado al mundo la suma de quinientos cincuenta y cinco mil millones de francos.